

Los suaves rayos del amanecer penetraron a través de la pequeña ventana de su habitación. Amira abrió los ojos. A pesar de la calidez del sol, un frío helador recorrió todo su cuerpo; siente que este frío podría ser el frío de la muerte.

Como cada amanecer, Amira necesita asegurarse si, realmente, sigue viva. Tan solo el dolor le otorga esa certeza. Un dolor cortante y agudo con el cual, revive, cada vez, el acto con que la cuchilla la había rasgado su sexo. Sabía que jamás, iba a sentir ya ni un atisbo de placer, solo ese dolor que reproducía el dolor de todas las mujeres sometidas por una tradición ignorante.

Su familia pertenecía a una etnia de profundas creencias ancestrales y de tradiciones fuertemente arraigadas. Creencias que actualmente siguen vigentes y cuya transmisión y cumplimiento se lleva a cabo por las mujeres que las transmiten de madres a hijas. La creencia de que son las mujeres las que tienen el poder en su sexo para transmitir el mal, la suciedad y la muerte les obliga a ellas mismas a un rito despiadado de purificación con el que extirpan el deseo y el placer del cuerpo de la mujer.

Tumbada en su cama, Amira recuerda a su hermana Warda. Warda murió desangrada sin que nadie pudiera hacer nada por ella. Recuerda su piel negra y brillante, tersa como una perla, bañada en sangre cuando sólo tenía doce años. Recordó sus ojos oscuros y aquella mirada de terror que todavía hoy la persigue. Frente a la visión esperpéntica de su hermana muerta, y desde lo más hondo de su ser de mujer, Amira percibió, en aquel momento, el fruto de la injusticia.

Pero llegó lo inevitable. La mujer que lo hizo sacó una hoja de afeitar y cortó. Amira podía ver sobre ella la sangre seca de otras chicas a las cuales había mutilado. La hoja no tenía filo, por lo que tuvo que cortar y cortar. Podía escuchar su carne desgarrándose. Necesitó mucho tiempo. "Desde ese día, aprendí lo que es el dolor y la traición".

De su boca abierta, de su grito áfono, surgieron las voces de todas las mujeres.

Amira no entendía de romper tradiciones, de salvar a otras. La tradición era así. Que no se cumpla suponía el rechazo y la exclusión no sólo de ella sino de toda la familia

Se siente culpable, pero, a la vez, justifica su inocencia pues solo era una niña. Ahora sabe que solo está en manos de las mujeres, rebelarse frente a una tradición ignorante y bárbara. Pero, entonces, ella no era una heroína, una Scherezade... Apretando las manos se juró que jamás sus hijas, si llegaba a tenerlas, ni las hijas de sus hijas, pasarían por ello.

Ahora desde su lecho padece el dolor su cuerpo; pero su lucha no ha cesado ni cesará.

Seguirá denunciando, seguirá escribiendo mientras exista un lugar donde una mujer sufra por ser mujer.

Regina González